

La cultura y la filosofía universitaria en México

J. Jaime Vieyra García

Pensar es experimentar, pero la experimentación es siempre lo que se está haciendo: lo nuevo, lo destacable, lo interesante, que sustituyen a la apariencia de verdad y que son más exigentes que ella.

Deleuze-Guattari, ¿Qué es la filosofía?

Muchos de los que nos dedicamos a la actividad filosófica en México compartimos la percepción de que a la filosofía le corresponde un lugar fundamental en el desarrollo de las culturas y de la civilización del futuro. Futuro cuya activación es una de las tareas de nuestro presente y cuyas primeras luces pueden apreciarse quizá, como quiere Toni Negri¹, en la rebelión cultural de 1968. La presente comunicación quiere contribuir a la comprensión de la función cultural de la filosofía en este fin de siglo, así como al establecimiento de las condiciones básicas para la activación de la potencia cultural de la filosofía universitaria. Especial interés tiene para nosotros la determinación de las modificaciones institucionales necesarias para colocar a la actividad filosófica en las vías que por derecho le corresponden en este contexto.

I. El sentido cultural de la filosofía

Podemos establecer tres grandes tipos de relación de la filosofía con la cultura: 1. La filosofía como dispositivo teórico de *autocomprensión* de las tradiciones culturales; 2. La filosofía como *crítica* de la (in)cultura dada; 3. La filosofía como factor *generador* de procesos

¹ Toni Negri, *Fin de siglo*. Paidós, Barcelona, 1992, p. 39: "La revolución del 68 no es tanto una revolución política, como una revolución social que afecta a los niveles ontológicos decisivos de la historicidad humana"; p. 42: "El siglo XXI ha comenzado en 68...".

culturales. Ahora bien, a diferencia de otras épocas, en la nuestra el compromiso y la vocación cultural de la filosofía reclaman la activación de estos tres tipos de relaciones: la filosofía ha de ser, respecto al proceso de autoproducción y autoformación humana, un factor de autognosis, de crítica y de construcción cultural.

El extraordinario impulso que han adquirido en las últimas décadas las reflexiones filosóficas sobre la cultura expresa esa necesidad. Procesos históricos, epistemológicos y políticos confluyen aquí:

a) Históricamente, el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de la comunicación y del control y, consecuentemente, la transición de la subjetividad privativa moderna a la subjetivación mediática, colocan en el centro del interés filosófico los problemas de la *producción de subjetividad* y de la *diferencia y la resistencia cultural*. De manera aún más general, la fase del capitalismo mundial unificado y la desarticulación mortífera de las relaciones naturaleza-sociedad-individuo que conlleva, reclaman urgentemente la elaboración de los elementos teórico-prácticos para la reestructuración de una nueva civilización planetaria, capaz de asumir la diferencia y la pluralidad cultural como condiciones positivas de la sobrevivencia de la humanidad e incluso de la sobrevivencia de lo no-humano.

b) Epistemológicamente, la crisis del paradigma social positivista y la emergencia de un paradigma ético-estético transdisciplinario en la comprensión de la realidad, colocan a la *filosofía de la cultura* en la vanguardia de los procesos cognoscitivos contemporáneos. Hay que decir, sin embargo, que por lo general los planes de estudio de las escuelas de filosofía en nuestro país aún no reflejan esta situación: o bien mantienen una orientación analítico-marxista (es el caso de la mayoría de instituciones públicas) o bien se recluyen en una visión escolástico-humanista de orientación cristiana (es el caso generalizado de las instituciones privadas).

c) Políticamente, y de manera bastante directa, los movimientos locales, nacionales e internacionales de resistencia cultural colectiva, su reclamo de autonomía frente al Estado-nación moderno, la emergencia de procesos de autoafirmación cultural, la necesidad de definir las diferencias y las relaciones interculturales y, en fin, la urgencia de construir un orden mundial auténticamente humano, afirmado por los individuos y las comunidades, reclaman de la actividad de los filósofos la elaboración de instrumentos, armas y joyas de pensamiento en el terreno de la cultura.

La filosofía no es un factor secundario de la cultura, así como la cultura no es un simple añadido "superestructural" a la "estructura" económico-social. Del mismo modo que la cultura es el proceso de autoconstitución de la realidad humana, la filosofía es una potencia constitutiva del proceso cultural en términos de comprensión, utopía y resistencia a los poderes de la barbarie.

2. Elementos para una política cultural de la filosofía

Las condiciones de posibilidad para el establecimiento de procesos culturales institucionales potentes y consistentes remiten a tres ámbitos: el ámbito ético o de la voluntad, el ámbito político o de la autonomía y el ámbito estético o de la creación.

En primer lugar, la constitución de procesos culturales requiere lo que el filósofo colombiano Jaime Rubio llama una *ética de la iniciativa*.² La iniciativa asume la *potencia del presente* en el doble sentido interactivo de espacio de *experiencia* ya realizada, integrada, histórica, y de horizonte de *expectativa*, definible en términos de una voluntad que apunta a la realización del futuro en el presente. La riqueza del presente no se descubre simplemente en el stock acumulado de experiencias convertidas en hábito, ni en la libre voluntad de realizar nuevos o viejos deseos, sino en el mutuo condicionamiento de expectativa y experiencia: atender a la experiencia desde la expectativa, pero anclar la expectativa en la experiencia.

El presupuesto práctico o pragmático de toda iniciativa cultural, tanto a nivel individual como a nivel colectivo, consiste en la convicción de que la realidad no es algo hecho, sino por hacerse; que el mundo humano no es sólo lo que ocurre, sino además lo que hacemos ocurrir; que lo real no se reduce al espectáculo de la presencia, ni es un fenómeno dado a la contemplación, sino a la acción y la ordenación humana. Toda iniciativa, en cuanto asume la fuerza del presente, instaaura un orden humano; interviene activamente en la hechura del mundo allí donde la indiferencia y el peso inercial del pasado pretenden que la realidad, el ser, son simples hechos dados. La ética de la iniciativa, como ética de la acción cultural, desecha tanto

² Cfr. Jaime Rubio Angulo, "Cómo filosofar hoy" en *Universitas Philosophica*, No. 19, Diciembre 1992, Santa Fe de Bogotá, Colombia.

el conformismo como la evasión: sólo mediante la actividad que muestra la potencia y la duración puede calarse el ser y la diferencia: "La intervención siempre nos ofrece una imagen del mundo como una realidad no totalizable en donde siempre es posible 'hacer hacer'".³

En segundo lugar, y puesto que la tensión entre expectativa y experiencia se plantea en términos histórico-políticos, una política cultural que sea tal ha de plantearse en la perspectiva de la *autonomía* constituyente del proceso. Vivimos en una época de control social en la que coexisten las formas más arcaicas de dominación con novísimas formas de explotación, control y sobredeterminación estatal. En este contexto, la constitución de procesos culturales autónomos es una condición fundamental para el desarrollo de la cultura. Se trata nada menos que de reinventar las formas de ser-en-grupo, las modalidades de lo colectivo; se trata de construir singularidades capaces de efectuar agenciamientos culturales autónomos. El factor elemental de la autonomía es el establecimiento de procesos comunitarios de toma de decisiones, suspendiendo toda determinación extrínseca y vertical de los intereses en juego (se trata en este caso de un interés cultural cuyo objetivo último es la afirmación de la singularidad creadora). El factor suplementario de la autonomía es el principio de potencia colectiva, que subordina las jerarquías y funciones al interés común. Esta es la idea de colectividad democrática, que se opone menos a la aristocracia (puesto que una comunidad cultural es una comunidad de singularidades asimismo autónomas) que a la burocracia, la cual constituye el lastre más denso para los procesos culturales.

Nunca es sencillo: las relaciones de poder al interior del colectivo reclaman el establecimiento de mecanismos de autoanálisis y crítica; las relaciones con el Estado y la burocracia universitaria requieren diplomacia pero también resistencia, definición de las prioridades y canales de comunicación desde la comunidad y no desde los poderes establecidos. Todo esto apunta a lo que Niklas Luhmann llama un *sistema autopoiético*, que recorta el entorno a partir de decisiones e intereses autónomos.

En tercer lugar, el arte de las *fiestas*. Nietzsche escribía que el síntoma más notable de la ausencia de cultura en las sociedades modernas es el carácter reactivo de las relaciones entre los individuos,

³ Ibid, p. 90.

esto es, la carencia del arte de hacer fiestas. La fiesta es alegría colectiva, *Eros de grupo*, expansión de la potencia individual y común. El punto más alto de la cultura filosófica consiste, desde esta óptica, en convertir el hegeliano “esfuerzo del concepto” en una fiesta del pensamiento, expresión cultivada y gozosa de la potencia racional. Se trata, pues, de afirmar el sentido estético de la actividad filosófica, más del lado del modelo del juego que del modelo de trabajo: un esfuerzo intenso cuyo sentido es la autoconstitución, la afirmación y realización de la potencia, la capacidad de dar y recibir, la generosidad y la solidaridad.

El arte de las fiestas, que todos los pueblos cultivados han conocido, tiende a perderse en favor de un hedonismo privado e improductivo, en favor de la noción —escandalosa para Gadamer— de “tiempo libre”.⁴ No, no se trata de ampliar el tiempo libre, sino de afirmar el sentido libre de la actividad. Un proceso cultural carecería de sentido sin el placer de la constitución gozosa de la realidad humana. El Eros de grupo, que Félix Guattari propone como proceso maquínico de una Ecología mental,⁵ es algo que se construye en la creación, la lucha, la resistencia colectiva. Remite más al amor nietzscheano que al amor platónico —que, a pesar de su nobleza, supone siempre una carencia y una trascendencia— o el amor cristiano —*caritas* o *ágape*, compasión por el prójimo, necesidad del otro para redimir al uno—. El Eros de grupo es amor entre iguales, entre amigos, entre creadores, entre solitarios: libre y espontánea propensión a los otros, más allá de la carencia y la necesidad; amor sin sumisión ni justificación, amor nuevo, amor libre. Sólo este amor funda una verdadera comunicación, pues exige paridad, acercamiento y distanciamiento sin compromisos y sin mediaciones, supone concebir la comunicación como un proceso en perpetua reconstitución y superación. El Eros de grupo es una aventura constituyente: ser flecha del anhelo para el amigo, para la amiga, es asumir el juego y el peligro de la relación con los otros y consigo mismo.⁶ El Eros de grupo es el

⁴ “¡Qué expresión más horrible! Es una expresión que ya dice que no se es bastante libre para el tiempo libre). La cultura no es el empleo del tiempo libre, la cultura es lo que los hombres pueden impedir para precipitarse unos sobre otros y ser peores que algún animal. Peores. Pues los animales no conocen, a diferencia de los hombres, la guerra, es decir, la lucha entre congéneres hasta la aniquilación” H.-G. Gadamer, *Elogio de la teoría*. Península, Barcelona, 1993.

⁵ Cfr. Félix Guattari, *Las tres ecologías*. Pre-textos, Valencia, 1978, *passim*.

⁶ Para todo esto, véase: Josu Landa G., “De Zaratustra y el amor”, en *Analogía*, Revista de filosofía, Año III, 1989, No. 2, México.

planteamiento colectivo del *amor fati* nietzscheano: el amor entre iguales supone la autarquía vital de cada uno y la autonomía del proyecto constituyente colectivo y es, en suma, la forma filosófica de la cultura de los afectos.

Establecer una política cultural no consiste, según esto, en tener una idea general de las operaciones a realizar y de los medios a utilizar, ni tampoco en una programación de los eventos realizables. Los factores de organización, administración, gestión y normatividad han de estar subordinados, por el contrario, al proyecto constituyente de autogénesis cultural. Hemos establecido tres condiciones elementales de consistencia-potencia del proceso: la intervención situada, la autonomía decisional y el Eros grupal.

El desafío de la creación de la cultura hoy, bien vale, creemos, este triple esfuerzo.